valor para afrontar una explicación y trataba de consolarse pensando que el mal humor de Marta se iría como había venido; cuando, de pronto, se sintió seriamente enfermo.

LVI

Llegó el otoño. Marta continuaba fría y hábilmente su guerra sorda, cuidadosa de no abusar demasiado de la paciencia de Carlos, que ella tanteaba con ese instinto perspicaz que tiene la mujer; los dos estaban de acuerdo, la mujer por cálculo y el marido por debilidad, en evitar la violencia de una explicación y de un rompimiento. Su vida era la misma en apariencia, la misma de antes. Carlos no quería ver en la conducta de Marta más que un poco de frialdad, alguna vez mal humor, enfados, caprichos propios de su sexo y su edad solamente. Marta, por su parte, no habiendo encontrado entre los amigos de Carlos ninguno que fuese bastante «hombre de mundo», siempre estaba entre ellos tan indiferente como el primer día. Para hacerla salir de casa Carlos aprovechaba los días en que no trabajaba y la llevaba á recorrer los alrededores de París, esas preciosas campiñas que el parisién desdeña porque puede á todas horas disfrutarlas; esas bellas riberas del Sena poco frecuentadas. Procuraba distraerla, divertirla;

la trataba como á un niño mimado y olvidaba por momentos sus desilusiones, esperando que renacería el pasado poco á poco; preocupado, á pesar de todo, turbada su imaginación y sin poder escribir. Sin embargo, Demailly sentíase dominado por un malestar del que no se daba cuenta. Sentía sus fuerzas debilitadas por sufrimientos pasajeros, una continuidad de sensaciones penosas que él atribuía á los grandes calores de aquel verano excepcional. Oleadas de sangre le subían con frecuencia á la cabeza. Sentía opresión en las sienes, tirantez en los pulmones, una sobreexcitación dolorosa del oído y del olfato. Escalofríos de que se libraba tan sólo por medio de un ejercicio violento. No dormía ó dormía mal y su sueño era turbado por pesadillas, luchas, combates, duelos, interrumpido por un brusco despertar. A todo esto vino á sumarse una opresión que de día en día aumentaba; y una vez, que Marta notó la frecuencia con que Carlos bebía y la entonación seca de su voz, le miró fijamente, hallándole tan desmejorado que mandó en seguida llamar á su médico.

El médico de Marta, que era el del teatro, le examinó, le preguntó y dijo en seguida:

—¡Muy bien! ¡muy bien! Hay que suspender todos los trabajos, hacer ejercicio... Usted necesita dar hierro á esa sangre... Unos clavos en una garrafa de agua; he aquí todo el tratamiento. ¡Oh,

Dios mío, sí... un tratamiento de señorita, como usted ve!... ¿Y su comedia? Para la inauguración de temporada, ¿eh? Remonville dice que es muy hermosa... ¡Ah! Desde hace algún tiempo *estamos* de vena... Ayer *tuvimos* 4.000 francos de entrada y *llegaremos* á más. Ningún teatro prospera como el *nuestro*. Ahora *contrataremos* á Lafont...

Era una manía en ese médico hablar así. Diríase que desempeñaba á un tiempo todas las funciones del director, del administrador y hasta del público del teatro, en el cual estaba encargado de tomar el pulso. Esta manera de expresarse tenía toda la importancia de un *yo* responsable; parecía llevar sobre sí el Gimnasio y su fortuna. Aparte de esto, más aparte aún de la ocupación casi absoluta de su atención por los pequeños asuntos de las letras y del teatro, este médico, optimista por distracción, era un hombre encantador que practicaba deliciosamente esa medicina llamada por el inglés Sydenham «el arte de la charlatanería». Tenía unas maneras exquisitas; llevaba una ropa irreprochable; iba perfumado de piés á cabeza con una esencia finísima; usaba pañuelos de la batista más fina, con su cifra bordada. ¿Y sus manos?... manos de mujer, que jugaban con un bastón de última moda.

—¡Ah! ¿Usted mira mi bastón?... Sí... un bambú

japonés... cuadrado... un junco cuadrado... es muy nuevo... una curiosidad...

—Entonces cree usted, doctor, que este tratamiento...

—¿Cómo?... Pero ¿qué supone usted que tiene? Nada... Usted está enfermo como todos los escritores... Los hombres de talento mueren cuando ellos quieren... ¿Enfermedad? Pero ¿usted no conoce la frase de Voltaire: «Yo he nacido *asesinado?*» Un veneno lento, como usted ve.

Y haciendo un cambio de piernas con la elegancia de movimientos de Molé ó de Firmin:

—Al hecho—dijo el acicalado médico.—Si en lugar de tomar el agua ferruginosa aquí, en su casa, fuera usted á beberla al manantial, á Farges, por ejemplo, ó á Bussang... El viaje le animaría... Y además, el aire puro, los paseos largos... el cambio de vida, serían para usted muy ventajosos. Ya estamos en la sesenta representación... No es posible que esto se prolongue mucho... no veo nada que nos impida dar un permiso á su mujer... nada.

Marta apoyó la proposición del médico y entró en su papel de esposa con un calor que hizo feliz á Carlos. Este resistió un poco. Le contrariaba ir á las aguas.

—Perfectamente—dijo el médico,– comprendo su temor... unas aguas nuevas, ó más bien, que

vuelven á ser nuevas... las del Salvador, cerca de Troyes... antiguos manantiales abandonados desde hace siglos... Hay documentos en pergamino que acreditan su antigüedad... La historia de un conde de Champagne, un Thibaut, que sin duda curó maravillosamente al volver de las Cruzadas... Aguas muy poderosas... Hablando en serio... he visto el análisis... Yo daré á usted una carta de recomendación para un muchacho muy bueno que he hecho nombrar allí... justamente es su especialidad la *anemia*... Estará usted muy bien. Allí quise enviar á la pequeña Noemi; pero, ya sabe usted que rompió con Robert... Aymard ha escrito una canción alusiva... En la última estrofa... Espere usted .. Con la música de... ¡ah!... no recuerdo... ¡Ese diablo de Aymard! ¿Usted le conoce?... Es divertidísimo... ¿Qué le decía yo? ¡Ah, sí! Tome carne muy asada... todo lo más posible... No tengo necesidad de repetirlo...

Marta acompañó al médico.

—No es nada, doctor, ¿verdad?

—Absolutamente nada, hija mía... ¡Qué lástima! No tiene ni una gota de sangre... Nervioso... muy nervioso, eso es; con una sensibilidad exagerada y ligeramente hipocondriaco; ya se comprende... ¡Sangre! ¡Sangre! ¿Pero es que acaso hay sangre en París para nuestra vida?... A todo el mundo le sucede lo mismo... ¡Ya se ve!... Pero no la he feli-

citado á usted aún por su nueva manera de interpretar la escena segunda... ¡Oh, encantador!... ¡Un hallazgo!

—¿Va gente á esas aguas?

—Francamente, no lo sé... El dueño las anuncia mucho. Dicen que la sala de baile está acabada... y que hay una sala de lectura con toda clase de periódicos... En fin, son aguas, ya sabe usted, como todas... ¿Esto la contraría? ¿Quiere usted que aconseje á su marido que vayan á otro sitio más retirado?

—De ningún modo... Era por saber qué trajes he de llevar.

LVII

Al día siguiente Marta tenía ya su permiso. Carlos metía en un cajón los libros que pensaba llevarse.

—¿Y la prescripción del médico?—decía Marta.

—¡Bah!—contestaba Carlos.—Esto me distraerá la imaginación evitándome trabajar... Es la pereza lo que llevo aquí, te lo aseguro.

Al fin de la semana el matrimonio estaba instalado cerca de las aguas del Salvador. Carlos había tenido la fortuna de hallar á un cuarto de hora de la aldea una casa de recreo escondida entre un grupo de árboles. Era, de los cuatro cuerpos de

un gran edificio del tiempo de Luis XIII, el único que quedaba en pie. En el siglo XVIII se había puesto sobre el primer piso un techo aguardillado, dándole luz por tres ventanas estilo Luis XV y coronado de una cúpula chinesca, la cual remataba en una campanilla. A uno y otro lado se mantenían aún de pié dos torres de las cuatro que tuvo el edificio, cubiertas de hiedra y rodeadas de árboles frutales que arraigaban en los fosos.

En el palacio, remendado y retocado para habitación burguesa y donde tres ó cuatro siglos habían dejado aquí y allá sus huellas y sus recuerdos grabados los unos sobre los otros, el comedor estaba cubierto de un zócalo de madera que mostraba, por encima de las puertas y ventanas, en conchas talladas primorosamente, las fábulas de La Fontaine en pinturas alegres, ligeras y vivas, donde el moho hacía las veces de niebla. Una pesada y rica chimenea Luis XIV, recubierta de molduras de metal, donde aparecían enlazados los blasones del antiguo señor, sostenía un gran cuadro que representaba una cacería de las que tanto renombre dieron al pintor Oudry. Sobre la mensula de la chimenea, grandes floreros de porcelana blanca, que hubiesen hecho bastante mal papel sin Marta. Pero Marta, cogiendo en el parque plantas y ramas, las colocaba en ellos, dando á la habitación ese aire de fiesta que sólo dan á

las casas las mujeres y las flores. Seguía al comedor el gran salón, amueblado de viejos sillones con almohadón de pluma, con su armadura blanca, de la cual el oro había desaparecido para no brillar más que sobre las cuatro paredes, en las que ofrecía la talla los atributos de las cuatro estaciones: la Primavera llevaba sujeto con una cinta un rastrillo, una podadera, una azada, una regadera, un haz de paja y un canastillo de flores. El Verano vestía guirnaldas de rosas; llevaba cestas de frutas, sombrero de paja, una flauta y dos calabazas. El Otoño estaba rodeado de leña, hiedra, cuernos de caza, aparejos de pesca y cestos de uvas. El Invierno, entre antorchas y alegres instrumentos de música, se quitaba una careta para coronarse de laureles.

La cocina tenía una de esas chimeneas inmensas, bajo cuya campana se colocan sillas en las noches de otoño, sentándose con los piés extendidos y avanzando las manos para recrearse con el calor de la llama. El sol naciente bañaba las habitaciones del primer piso, alegrándolo y calentándolo para todo el día; pero ninguna pieza de la casa agradaba tanto á los dos huéspedes como el salón redondo de una de las torres. Era la antigua capilla que aún se reconocía por la armadura de plomo de sus pequeños vidrios; la ventana del Mediodía había sido tapiada, y las otras dos,

muy altas, dejaban caer la luz lánguidamente; una puerta de dos hojas, forrada de damasco obscuro con clavos dorados, guardaba la entrada. Se veía que la capilla había sido convertida en taller de pintura.

Este salón tenía también una puerta, que se abría sobre un puente de piedra tendido sobre el foso sin agua, y cuyas barandillas de hierro desaparecían bajo los pámpanos entrelazados de una parra silvestre.

Al otro lado del puente se abría una calle de castaños, de viejos castaños que ostentaban sus copas bien podadas, y al descender la vista, encontraba un prado verde, y más allá el Sena. A derecha y á izquierda del paseo de castaños estaba el parque, un pequeño parque donde Marta y Carlos habían descubierto el primer día todos los escondrijos. Era un lindo resto de parque francés, casi talado en 1793, pero donde la maleza había renacido prontamente. A cada lado del paseo había un vallado de añosas lilas, donde la luz hacía mil juegos, según la hora, ya saltando de rama en rama entre el follaje, ya deslizándose en las hojas lisas, obscuras ó suaves, recortadas en una claridad azulada, tan pronto extendiéndose entre los dos muros de verdura, dejando uno en la sombra mientras el otro se bañaba de sol. A la menor brisa aquella cortina de lilas temblaba, y al

soplo del viento las ramas se cimbreaban hasta tocar el suelo, y en la hojarasca ondulante un estremecimiento corría y se alejaba, desvaneciéndose. Aquí y allá, de trecho en trecho, un manzano silvestre extendía sus retorcidos brazos. Al borde de los paseos las plantas trepadoras, enlazadas y mezcladas, formaban pequeños remansos de hojas amarillentas y secas. Había fondos de verde transparente, y otros que mecían un rayo de sol sobre un lecho de musgo dorado. Marta y Carlos gustaban de sentarse en una pequeña encrucijada; la hierba crecía allí á su antojo y por todas partes avanzaban las zarzas. Pequeños pinos alzaban alrededor sus copas plateadas por la luz. La tierra, caldeada, bañada todo el día por el sol, llena de ruidos y de cantos de insectos; y en el horizonte lejano sólo aparecía un pino de tronco violáceo, con la copa de esmeralda, que, enfermo y nostálgico, recordaba el azul del cielo de Italia.

En esta encrucijada empezaban las ruínas. Los paseos tortuosos, atestados de hierba é invadidos de arbustos, concluían siendo veredas confusas, donde se columpiaban, pendientes de hilos de araña, pedazos amarillos de hojas secas. El resto del parque no era más que un bosquecillo. La fuente, de tierra cocida, representando dos amores abrazados, que unos tritones conducían tristemente bajo las ramas secas de los árboles, estaba rota,

seca, abandonada y solitaria. El tiempo había respetado un poco más el adorno del otro extremo del parque, una deliciosa locura del siglo XVIII, un capricho del más divertido *rococo*. El Juego de la Oca, un verdadero juego de la oca, de gran tamaño, construído entre los árboles. Todas las paradas á donde iban pasando los jugadores eran de piedra ó de yeso pintarrajeado. Carlos y Marta fueron descubriéndolas una á una en el bosquecillo. Allí la Cárcel, más allá el Pozo, luego la Posada, y así todas. Aquella misma tarde, cuando volvían riéndose de su descubrimiento, encontraron al lado de un camino una raqueta rota y cuyo mango conservaba un resto de cuero rojo, esqueleto de un juguete muerto, única memoria de ayer.

LVIII

En una hamaca colgada entre dos castaños del paseo que conducía al Sena, Marta estaba medio tendida, con un pie tocando en tierra y el otro en el aire. Distraída y en el mayor aburrimiento, oía la conversación que Carlos sostenía con un hombre, sentados ambos en un banco rústico. Era este hombre joven, con frente cuadrada bajo una cabellera escrespada y rebelde; cara larga, ojos de león, manos fuertes, que apoyaba sobre sus

muslos con una postura ordinaria y robustamente burguesa.

Los últimos rayos del sol jugaban en los mil retoños de los podados castaños y se quebraban entre las pequeñas hojas de un verde suave, que los últimos fulgores de la tarde, al descender en el horizonte, abandonaban tristemente bañándolas con todos sus reflejos; cantaban de un extremo á otro con alegre gritería su adiós los pajarillos, como dando las buenas noches.

—No viene aquí nadie, señora; es verdad: nadie viene—decía el joven.—Es verdad. La dirección del balneario ha hecho todo lo posible para traer gente; hasta ha dicho que había concurrencia y, á pesar de esto, nadie ha venido; solamente esa familia holandesa y cuatro ó cinco mujeres de Troyes, que vienen cuando hace buen tiempo... Pero, después de todo, su marido de usted ha venido á curarse y no le hace falta la gente... A quien más perjudica esta soledad es al médico, á mí.

—Sí, comprendo—dijo Marta.—Usted contaba...

—Yo contaba, señora, con un gran número de enfermos... Contaba con un vasto campo de observación, de exploración. Esperaba hallar aquí luces, armas para combatir la enfermedad del siglo.

—Ciertamente, doctor—dijo Carlos.—¿La enfermedad del siglo?

—¡Oh! Sé muy bien que la Medicina, tomada en el conjunto de sus doctrinas y de sus prácticas, no considera esta enfermedad más que como una repetición de accidentes individuales, á los que no pone remedio hasta que el organismo está profundamente afectado... Yo, por el contrario, la considero como una enfermedad orgánica y propia, al menos por sus caracteres de generalidad y de frecuencia en la raza del siglo XIX. La juzgo enfermedad de todos los habitantes de las capitales; tiene grados morbíficos diferentes, pero que comprometen más ó menos la salud de las generaciones venideras; porque los fuertes nacen de los fuertes... Y repare usted: todo se precipita hacia la centralización, á la formación de grandes capitales. La vida moderna va del aire puro de la vida agrícola á la vida concentrada, á la vida inactiva, á la vida del gas y del carbón de piedra, á la vida del petróleo de las lámparas, á la vida que se nutre de una alimentación falsificada, á la vida adulterada, engañosa; á todos los trastornos de las condiciones normales del sér físico... Espere: usted fuma... Un modificador más, contrario á la economía general de la vitalidad por una excitación narcótica... Y, sin embargo, en esto del tabaco yo no acabo de comprender; pues, á pesar

de todo, me resisto á creer que un abuso que se convierte en costumbre endémica no sea una ley providencial, un antídoto del que desconocemos aún la acción y la razón... En fin, hay que buscar un remedio, un paliativo, un contraveneno para esos mil trastornos de la vida normal moderna y para esos mil envenenamientos. La ciencia debe hacer frente á esta nueva enfermedad. Es preciso encontrar, porque debe existir, alguna cosa que contrarreste ese desquiciamiento de las leyes naturales de la higiene y de la salud humana.

—¿Y usted ha buscado ese contraveneno, doctor, y usted cree en la eficacia de estas aguas?

—Sí y no. Para una curación absoluta, no. Pero, además de introducir hierro en la sangre, conducen á los dos grandes remedios que yo estimo como los solos remedios esenciales contra el empobrecimiento de la sangre: la alimentación y el ejercicio; eso es lo primero para mí.

—¿Y la hidroterapia, doctor?

—Una sacudida, sólo una sacudida. Un latigazo, y nada más... En cambio, en mi sistema, ¿qué justos y precisos desgastes de fuerza pueden prescribirse? ¿Cuál será la mayor actividad de circulación soportable para un cuerpo fatigado? ¿Qué dosis exacta de principios nutritivos convendrá á un temperamento debilitado? ¿Qué tiempo bastará para la asimilación? En una palabra, en la exage-

ración, en la caricatura de mi sistema: dado un trapecio y jugo de carne ó cualquier otro reparador, enriquecedor de la sangre, ¿cuántos meses serán necesarios para que se opere un cambio, una renovación, para que yo haga de usted un hombre que sienta la circulación activa y reguladora de la cabeza á los pies, que tenga siempre apetito á las horas de comer; un hombre, en fin, que sienta circular desde su corazón á su cerebro la infantil alegría de vivir?... Todo hombre sano es alegre; sépalo usted bien... ¿Qué tiempo se necesita para hacer predominar en usted la circulación arterial sobre la circulación venosa?... ¡Oh! Esto sería un hallazgo para un charlatán y, á falta de charlatán, para un hombre de conciencia. El tiempo urge, señor; no hay que descuidarse. El sistema nervioso está desgastado ahora como nunca lo estuvo. La ambición del bienestar, las exigencias de las carreras, las exigencias de posición, de dinero, el lujo del matrimonio tal como está constituído, la concurrencia ilimitada en todo, han hecho la prodigalidad del esfuerzo, de la voluntad, de la inteligencia; en una palabra, el derroche exagerado de las facultades y de las pasiones humanas. La actividad de cada uno, de alto abajo de la escala, ha sido doblada, triplicada, cuadruplicada. Todos vivimos sobreexcitados... hasta nuestros hijos, á los que cuidamos

como una planta de estufa. Es una circulación febril la de la vida, una irritación, casi es una crisis de todo lo que constituye la parte delicada é inmaterial de nuestro individuo... ¡Vamos! Ya les solté mi discurso... Tanto peor para ustedes.

—No, doctor—dijo Carlos;—ya ve usted con cuánto gusto le escucho; continúe usted, se lo suplico... Nunca he oído hablar así á los médicos.

—¡Tal vez exagero! Pero repare usted en aquellas gentes cuyo cerebro no deja un instante de funcionar, trabajando en la tensión constante de la fortuna ó de la celebridad; repare usted en los banqueros, hombres de negocios, hombres de Estado, en los artistas, escritores, clase acerca de la cual el viejo Celso llamaba la atención de la patología. En esa porción de gentes que viven casi únicamente la vida por las impresiones, las alegrías, las satisfacciones, las decepciones, los desengaños morales; en ese mundo de hombres para los que el cuerpo es cualquier cosa, un andrajo que arrastran unido á su sér; en esa inmensa familia, en la que se suceden los golpes y los contragolpes de prosperidad; que se elevan y caen, dinastías que duran diez años, éxitos y olvidos de este siglo de *eternidades* pasajeras, y el más terrible devorador de los hombres, de las cosas, de las fortunas, de las teorías, de las glorias, de las esperanzas... ¿Sabe usted lo que hallará aclimatado

en ese mundo? La anemia, y después de la anemia la tisis pulmonar, el cáncer al estómago, la locura... Encontrarán muchos de mis colegas que difícilmente admiten estas causas como eficientes. Estudiarán, analizarán con paciencia, con pasión, en monografías de mérito, todas las variaciones de la influencia de los excesos alcohólicos, de la herencia, de la miseria, de las profesiones insalubres; ninguna de las causas químicas y físicas ni de las causas materiales se les escaparán. Pero en las causas morales no aciertan; su escalpelo no las descubrirá. Y, sin embargo, más allá del aparato nervioso, sobre la superficie del cuerpo y del alma, en esos limbos, en esas corrientes de la acción de una cosa que no tiene ni peso ni cantidad específica, de la acción de una cosa moral, á la sensación, al efecto físico producido, ¡qué abismo!; pero también, ¡qué mundo para estudiar! Y, además, no basta sólo ser médico; hay que ser cura y médico, tener la confesión entera, sincera, sin reticencias, sin reservas... Y así se podría hacer algo sobre esta gran idea: *De la influencia de los hechos morales sobre los hechos físicos en el organismo humano*... Pero ¿qué estoy diciendo? Hablaba de trabajos, de la tensión de la inteligencia... La idea activada, forzada, ¿qué es? La cremación de la sangre, fuego que abrasa el armazón y no nos deja en el cuerpo más que carbones...

El aceite que hace andar esas máquinas cerebrales es la sangre, la vida. Y la anemia nos mata: he aquí el hecho positivo. Hay degeneración en el tipo humano. Y esto extendido de la familia á la especie; de aquí la degeneración de las razas reales al final de las dinastías... ¿Ha visto usted en el Museo del Louvre esos retratos de reyes de España? ¡Qué fatiga la de la sangre vieja! Acaso esto ha sido la decadencia del Imperio romano; algunos de sus emperadores hasta en bronce nos muestran rasgos decaídos. Pero entonces había recurso. Cuando una sociedad estaba perdida, agotada bajo el punto de vista fisiológico, llegaba una invasión de bárbaros que le infusionaban la sangre joven de Hércules. ¿Quién salvará el mundo de la anemia del siglo XIX? ¿Será dentro de algunos cientos de años una invasión de obreros en la sociedad?...

—¡Oh, doctor!—dijo Marta.—¡Qué idea!

—Perdón, señora; yo soy campesino, hijo de campesinos. Con los cincuenta céntimos diarios de que disponía para comer en París, no he podido aprender frases que no choquen á las damas.

El médico se levantó.

—No se vaya usted, doctor—le dijo Carlos,—siéntese... ¿Y cómo no ha llegado usted á tener fama con semejante voluntad?

—¿Cómo no he llegado?... Míreme usted... ¿Ten-

go acaso figura de médico de salón? No. Pues bien, eso ha sido todo... Pero aún he de ir esta tarde á Villantrot. A propósito, ya sabe usted que mi barca está á su disposición. Cánsese usted mueva los brazos y las piernas... Solamente evite hallarse junto al río por las mañanas temprano y al anochecer. Hace demasiado fresco. El armazón es bueno; aún puede usted procurarse una sangre rica, si usted se decide á ser campesino durante unos cuantos meses. Y, sobre todo, nada de trabajar...

LIX

—¡Carlos!

—¡Eh!

—¿Dónde iremos esta tarde á pasear?

—A los cuatro caminos, ¿quieres?

—¿Pero encuentras tú agradable los cuatro caminos?

—¡Oh... es un paseo!... ¿Te gusta más ir á la granja Pigout?

—¿Donde estuvimos anteayer?

—Sí.

—No hay muchos encantos en estos alrededores... ¿Qué aldea es aquella... allá arriba?... ¿Sabes cuál digo?

—¿Allá?... No... no sé.

—Se oyen las campanas todos los días.

—Es verdad.

—Colúmpiame... ¡Ah, no tan fuerte!... Así... eso es... Un poco más... Creo que la hamaca me da sueño, ¿eh? ¿Y á tí?

—A mí me arrulla.

—¿Te acuerdas de aquella casa que despertaba nuestra curiosidad?... La que tiene cerradas las ventanas... junto al camino por donde pasamos todos los días... Sofía me ha dicho que allí viven unas solteronas de la antigua nobleza... ¿Son ya las doce?

—Pasa de las doce.

—¿A las once viene el correo?

—De once á once y media... ¿Esperas algo?

—Espero y no espero... ¿Quién quieres que me escriba?... Dentro de dos días tendré carta de mamá, creo yo... ¡Ah! ¿Piensas que encontraré lanillas en Troyes?

—¿Me lo preguntas á mí? Yo creo que sí.

—Entonces no vale la pena de que escriba á París...

—¿Has traído tu labor?

—Creo que no... Se me ha olvidado.

—Yo tengo libros. ¿Quieres leer?

—Sí... Otro día... Mañana recuérdame que te pida uno.

Los movimientos de la hamaca iban siendo más

suaves; por fin paró. Carlos no pensaba en hablar. Marta, tendida en la hamaca y apoyando la cabeza en los brazos, miraba al cielo vagamente. Al cabo de cinco minutos exclamó:

—¡Ah!... Una nube...

—¡Perdóname, pobre nenita mía!—dijo Carlos. —Yo tengo la culpa... Tú te aburres...

—¿Aburrirme? ¿Por qué dices que me aburro?

—Porque estás aquí sola... sin ningún género de distracciones, sin más persona que yo, una compañía bien triste, un enfermo...

—¡Dios mío! ¿Triste para mí tu compañía? ¡No sabes aún cómo soy! Te he atormentado desde que nos casamos por ir á alguna parte, á reuniones, á bailes, ¿dí? ¿Imaginas que yo pensaba encontrar aquí un sitio como Trouville? Ya ves tú, sólo he traído dos sombreros...

—Pero si yo no digo eso, Marta; no es eso: es que como esto es un verdadero escondrijo, tengo miedo, te lo repito, de que te aburras... y me lo reprocho muchas veces...

—Ante todo, es preciso cuidarte, ¿no es verdad?—dijo Marta con tono seco.

Al cabo de algunos minutos Carlos dejó escapar estas palabras:

—Un tiempo fastidioso el de hoy...

—No, amigo mío, no lo encuentro malo... Exageras...

—¿No te parece que hace un tiempo desagradable, enervador?

—Tú padeces, y supones... pero son tus nervios.

LX

A partir de aquel día el fastidio de Marta se manifestaba cada vez más, en una contradicción continua, persistente, sin tregua, irritante, sobre todo por su aire dulzón, por la paciencia obstinada, por su aparente caridad, por su afectada compasión hacia el estado de Carlos. Era una contradicción resignada, como un lamento dócil á los caprichos de Carlos, como una mártir lo es á la muerte. Una contradicción angélica, por decirlo así, á propósito de todo: del gusto de las aguas del Salvador, á propósito del perfume de una flor, de la calidad de una carne, de la altura de un árbol; á propósito de todo lo que veían, de lo que comían, de lo que bebían, de lo que hacían y de lo que pensaban; hasta, buscando mil pretextos, vino á buscar contradicciones de gramática, de ortografía, y atormentaba á Carlos discutiendo sobre las dificultades del participio... Para un hombre que padecía la enfermedad de Carlos había hallado el suplicio semejante al de la gota de agua cayendo constantemente sobre la cabeza.

—Marta, te he àlquilado un piano en Troyes. Mañana temprano lo tendrás aquí—dijo Carlos una tarde.

—¿Un piano? No me hace falta; prescindo perfectamente de él.

—Para que no tengas que prescindir más tiempo.

El diálogo se interrumpió.

Luego Marta repuso:

—Ahora no vemos nunca al médico... Antes venía siempre á la hora del almuerzo ó á la comida.

—Bien, Marta; ya ves tú que no vendría por eso cuando ahora no viene...

—Para un hombre, acaso resulte interesante su conversación; pero para una señora, convendrás conmigo, en que... ¡Oh! No habla más que de Medicina y de cosas asquerosas.

—¡Un médico que habla de Medicina!... Tienes razón, hija mía—dijo Carlos irónicamente.

Marta se hundió más en su butaca.

Hija mía—dijo Carlos.—Veo en tu cara un fastidio y un aburrimiento tan grandes... que me lastiman... Cuando quieras nos marcharemos á París.

—No, Carlos; no nos marcharemos... Yo no quiero irme... Y permaneceré aquí todo el tiempo que sea preciso... Tu salud ante todo... Este es mi deber... ¡Ah! Se me había olvidado decirte que he

recibido carta de mi madre, y que me habla mucho de tí. ¡Pobre mamá! Nunca hemos estado separadas tanto tiempo...

—Ya sabes que yo la he dejado en completa libertad de venir... Ella ha creído que el viaje no entraba en sus combinaciones...

—Es que temía...—y parecía que Marta dudaba.

—Te suplico... Ya sabes que me gustan las cosas claras... ¿Temía qué?

—Molestarte, sencillamente, molestarte... Tomas enseguida un tono... No... no me atrevo á decir nada... Interpretas la menor palabra... Habrás dormido mal esta noche... Tú no te ves, pobrecito mío... pero desde que estás enfermo tienes un carácter...

—Es que sufro, Marta.—Y Carlos, que en aquel momento creyó que todas las culpas eran suyas, se levantó para ir á buscar su perdón en un beso de su mujer.

—Ya lo sé... Esto es más fuerte que tú... Afortunadamente ya voy acostumbrándome.

Esta frase detuvo á Carlos, que tomó un libro y se puso á leer. Marta le imitó.

—Adivina...—dijo Marta al terminar una página;—adivina ¿á qué hora nos hemos acostado ayer?

—No sé... ¿A las nueve?

—No... A las ocho y media.

—¡Oh!

—Miré la hora...—Y volvió á leer. Un momento después se volvió á Carlos:—¿No te ha fastidiado este libro?

—Es muy hermoso—dijo Carlos.

—¡Ah!—Y volvió á su lectura, que dejó pronto.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—No; ¿qué fecha?

—14 de Septiembre.

—Hemos salido de París... hace veintiún días justos.—Y, después de un silencio, prosiguió con un aire de resignación desesperada: — Pasa el tiempo...

Carlos puso la mano en el picaporte de la puerta.

—¿A dónde vas, Carlos?

—A fumar un cigarro allá fuera.

LXI

El matrimonio había hallado una distracción: el río. Hacia el medio día se metían en una barca; Marta se sentaba delante, inclinada sobre el agua con su gran sombrero de paja, que con su linda mano echaba sobre sus ojos; Carlos, detrás, de pie, cargaba su cuerpo sobre la percha, que sujetaba con las dos manos, apoyándola en el fondo del río para impulsar la barca, que se deslizaba sobre la superficie blandamente.

Así pasaban muchas horas sin apartarse de la orilla, contemplando, entre los árboles, el cielo azul y los mil reflejos del sol en el agua. Los ojos no podían resistir sin pestañear el movible resplandor de la estela, no percibiendo más que remolinos de luz confusa, á veces entibiada por las verdes sombras de los sauces y de las estacadas.

Después de subir río arriba, se abandonaban á la corriente, parándose á veces en los remansos que forma el agua y abriéndose camino entre las cañas frágiles, que á su empuje se hundían para reaparecer de nuevo húmedas y brillantes. Pasaban sobre verduras que parecían revivir en el agua y bajo la sombra de árboles enlazados y frescos, alternando con el azul del cielo, descendiendo en la orilla y confundiéndose á lo lejos como los colores de una paleta. Pasaban por terrenos salpicados de musgo negro, junto á viejos troncos de árboles blancos, descortezados y pulimentados por la corriente, sobre las cintas de cristal estriado que la corriente vertía en las aguas muertas, sobre rodales de plantas medio sumergidas, que después del paso de la barca se levantaban y mecían en el agua con movimientos de cisne. De repente el lecho del río desaparecía á sus ojos, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO REYES"
MONTERREY, MEXICO